

Lo fué una más.

—¿Salis?—la preguntó la portera.—¿Tan tarde?

Elena la contestó una mentira.

—Voy á esperar á mi marido. Lo hemos convenido así.

—¡Vais á helaros!... ¡Hace un frio horrible!

—¡Tanto peor!

Cuando salió á la calle, el frio la hizo temblar en efecto.

Por un momento estuvo á punto de faltarla el valor.

Había dicho la verdad á su marido; no amaba al conde Gabriel.

Ahora bien, ¿no es para la mujer que conserva un resto de orgullo y de pudor el más cruel suplicio el caer en falta sin amor?

Continuó su camino sin embargo.

El cupé estaba en su puesto en la plaza de Saint-Germain des Pres.

Los faroles arrojaban enfrente de la iglesia una luz que deslumbraba.

Se aproximó al cupé temblando.

Se entreabrió la portezuela: una mano se extendió hacia ella y una voz conmovida la dijo muy bajito.

—¡Ven!

Elena obedeció.

El cupé partió en seguida.

Entonces el conde la dijo loco de alegría.

—¡Al fin me pertenezco!...

## IV

### El golpe de maza.

Cuando, hacia media noche, abandonó Escoubere la plaza de Favart, en donde estaba todavía la antigua Opera Cómica, no pensaba ni en los tres meses de alquiler, ni en lo vacío de su bolsa, que no contenía dos francos, ni en lo fría que estaba la noche; no pensaba más que en la promesa que le habían hecho de darle los mil francos, y en que tendría en adelante doscientos francos mensuales.

¡Principiaba para él una era de extraordinaria felicidad!

Estaba por esto muy contento.

Hubiera querido ponerse de un salto del otro lado del Sena para encontrarse antes al lado de su adorada.

Pero no podía saltar, estaba detenido por Brossois, un hombre alto, huesudo, moreno, con cabeza de montañés de los Pirineos, pómulos hundidos, pupilas del color del carbón y boca pequeña, de la cual salía de cuando en cuando una voz de bajo profundo.

Chantre en su aldea, en los alrededores de Lourdes, había ido, como Escoubere, por etapas, hasta París, y como el gascón, había entrado en la capilla de San Roque y en la Opera Cómica, en los coros.

Allí se habían hecho amigos íntimos, aunque el bajo tenía cerca de diez años más que el barítono.

Nada empañaba su amistad y no tenían secreto el uno para el otro.

Aquellos dos caracteres tan diferentes, el uno todo credulidad y franqueza, el otro todo desconfianza y reserva, congeniaban tal vez por el contraste.

Sus discusiones eran siempre acerca de las mujeres.

Según Brossois, todos los disgustos, todas las cuestiones, todas las miserias, provienen de ellas.

Escoubere afirmaba lo contrario, que son el origen de todas las satisfacciones y de todas las felicidades.

Se citaba él como ejemplo.

Decía con orgullo:

—¡Si quieres ver un individuo feliz, mirame á mí!

Aquella noche, á pesar de su deseo de llegar á su casa lo antes posible, se vió obligado á entrar en un café del muelle Malaquais á tomar un bok para celebrar el buen éxito de *Carimen*.

Y como estaba tan impaciente, repetía á cada instante:

—¡Vámonos; me espera Elena!

Brossois le decía burlándose:

—¿Estás seguro de eso?

Escoubere reía á más no poder. ¿Que si estaba seguro de que su mujer le esperaba?

¡No había, desde Montrange á los Batignolles, una mujercita más cariñosa ni más pacífica!

¡Sólo que se aburría extraordinariamente;

pero á Dios gracias, él iba á poder proporcionarle alguna comodidad!

Aquella noche, Escoubere defendía al sexo débil con un calor y una verbosidad admirables, mientras que Brossois decía, impacientándole:

—¡Desengáñate, amigo Paulino, que con las mujeres nunca estás seguro de nada, hagas los sacrificios que hagas!

Y hostigó de tal manera á su amigo, que el gascón se levantó incomodado y dijo:

—¡Pues bien, aquí te dejo! ¡Ya te diré mañana quién de los dos tiene razón! ¡Buenas noches!

Se estrecharon la mano y se separaron.

Libre ya de su compañero, Escoubere subió á paso de carga la calle Bonaparte, y muy pronto llegó á una casa de la calle del Échaudé. Llamó, y después de esperar unos segundos se abrió la puerta sin que la portera asomara su arrugada cara al ventanillo de la portería.

La buena mujer conocía las costumbres de sus inquilinos, sus pasos, su manera de llamar.

El gascón habitaba desde hacía dos años en la casa; conocía sus vueltas y no necesitaba luz para llegar á su cuarto.

Todo descansaba, desde arriba abajo, en el edificio.

La escalera estaba oscura como boca de lobo.

Escoubere abrió la puerta de su cuarto con la mayor precaución.

Entrar en su casa sin hacer ruido alguno, sin despertar á su querida Elena y sorprenderla con un beso, que la hacía estremecerse en su lecho, era uno de sus mayores goees.

Atravesó el comedor, frío como una nevera, y entró en su habitación.

Se detuvo cerca del lecho y aplicó el oído.

No oyó el ruido de la respiración de Elena. Extendió la mano hacia las almohadas, y en seguida lanzó una especie de rugido ahogado, diciendo:

—¿Acaso ese infernal Brossois habrá tenido razón con sus burlas?

La cama estaba vacía y fría.

Llamó:

—¡Elena!

No obtuvo contestación.

Con mano agitada por fiebre repentina buscó cerillas en la mesa de noche.

Las encontró.

Encendió una.

¡Nadie!... ¡La cama estaba hecha!

El desgraciado corrió al comedor, de allí á la cocina; examinó todos los rincones; no vió huella alguna de su mujer.

Entonces se imaginó que estaría en casa de Krug, que la habrían detenido allí hasta que llegara la mujer del pintor, que se retiraba muy tarde.

Llamó en la casa del vecino.

Todo el mundo dormía allí á más y mejor.

La puerta tardó en abrirse.

Por fin el pintor se presentó en ella.

El aspecto de su vecino, el trastorno de la

cara del gascon le alarmaron y se apresuró á preguntar:

—¿Qué hay? ¿Ocurre alguna desgracia?

—¿Ha pasado Elena la noche aquí?

—No.

—¿Sabéis donde está?

—No.

—¿No la habéis visto?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Unas dos horas.

—¿Y después?

El pintor balbució algunas palabras.

—No puedo deciros... No he visto nada, nada he oído.

La cara del gascon se había descompuesto en un instante.

Sus ojos fijos parecían los de un loco.

—Sois un buen amigo—dijo con voz jadeante—venid... ¡Sí, temo una desgracia!

Presentía una, ¿pero cuál?

La única idea que acudió á su imaginación era esta:

—¡Se ha suicidado!

Mientras el pintor se vestía á toda prisa, Escoubere permanecía inmóvil á la puerta donde el suizo volvió á presentarse á los pocos momentos.

Y como Escoubere no se movía, no sabiendo qué hacer, adónde dirigirse, Krug le dijo:

—Os alarmáis tal vez sin razón. Todo se explicará. Entremos en vuestra casa. Tal vez en ella encontremos algún aviso, algo que nos indique el por qué de esta ausencia.

—¡Ah!—dijo el desgraciado un poco reanimado—no había pensado en eso. ¡Estoy atontado!... ¡Vamos!

Cuando entraron en la sala, se presentó la verdad ante sus ojos. A la luz de la bujía vieron la carta que Elena había dejado.

Paulino se precipitó sobre la carta con una especie de furor.

Le costó trabajo abrirla: tal era el temblor de sus dedos.

Tan luego como hubo fijado en ella sus ojos, un profundo estupor inmovilizó sus facciones. Se le hubiera creído herido por un rayo.

La verdad le agobiaba como un bloque de piedra que le hubiese aplastado.

¡Brossois había adivinado lo que iba á suceder!

Sus ironías, que después de todo no eran más que dichos comunes, contenían una verdadera profecía.

¡Sí, aquella Elena, por quien se hubiera dejado hacer pedazos, su orgullo, su vanidad, su ídolo, no le quería!

¡No le había querido nunca, puesto que le abandonaba, por doloroso que le fuera!

No había concluido de leer la carta.

No podía leer más.

Le parecía que le quemaban los ojos.

Las lágrimas le cegaban, lágrimas de despecho, de celos, de rabia.

Además, ¿para qué concluir su lectura? ¿No sabía ya lo bastante?

¿No lo había sabido todo en pocas palabras?

«Te abandono.»

De pronto vió el sobre gris, cuyo color se confundía con el de la mesa, y que no había visto en un principio.

Tiró la carta, cogió el sobre gris y lo rompió.

Apareció el fajo de billetes.

Una ola de sangre le subió á la cabeza y medio le ahogó.

—¡Dinero á mí!—exclamó estrujando violentamente los billetes.—¡Miserables!

Los arrojó al suelo y los pateó con rabia.

De pronto un sonido ronco se escapó de su pecho; extendió los brazos en el vacío, é iba á caer desplomado al suelo, cuando el suizo le cogió y le sentó en una silla, en donde le sostuvo, arrancándole la corbata y desabrochándole la ropa para que pudiera respirar.

Al cabo de un instante, volvió en sí el pobre hombre.

Miró al pintor con ojos llenos de agradecimiento y de dulzura.

—Ya veis, señor Krug—le dijo,—he creído ahogarme, y, á fe mía, lo hubiera sentido, no porque la vida me sea agradable, como véis, amigo mío; pero se la quiere, sin embargo. ¡Es desagradable *liárselas* cuando se tiene algo que hacer en este mundo, y me parece que ahora voy á tener una ruda misión que cumplir!

Bebió de un trago un vaso de agua fría y respiró con todas sus fuerzas.

—¡Ea—dijo—esto va mejor!... ¡Qué singular es esto! Se cree uno fuerte, amigo Krug, y se encuentra uno de pronto aplastado como un buey en el matadero... Porque lo que me ocu-

rre no merece la pena, ¿no es verdad? Una mujer que se aburre en una casa y que se va á otra. ¡Pues bien! eso me ha aturcido un instante... hasta el punto que no he podido saber lo que me dice. Tomad la carta Krug y leed-mela toda, os lo ruego...

El pintor comenzó á leer y el Gascón escuchaba atentamente, mordiéndose los labios para evitar que se notara su angustia.

Cuando el pintor hubo concluido de leer la carta, Escoubère estaba anonadado, tan abatido como si cada una de las palabras que había oído leer hubiera sido un palo recibido.

Bebió otro vaso de agua y dijo:

—Creo que todo ha concluido. ¿Qué es lo que haríais vos si estuviérais en mi lugar?

—Estaría muy aflijido ciertamente.

—Sin duda. Pero es preciso vivir.

—Yo seguiría haciendo lo que hacéis. Ganaría mi vida... Iria á mi teatro. Cumpliría con mis deberes y trataría de consolarme con buenos amigos...

—Sí, sí... ¡Pero ese dinero!

Mostró con la mano los billetes de banco esparcidos por el suelo, arrugados, medio rotos, pero que no había perdido nada de su valor.

Los ojos del pobre pintor se iluminaron de avaricia.

Jamás había tenido ante sí una cantidad tal.

—¡Ahí hay una verdadera fortuna!—dijo.

—Sí—contestó Escoubère;—hay con qué adquirir lo que os hace falta, un estudio donde podríais trabajar, hacer buenas cosas.

—¡Sin duda! Pero ese dinero no es mio...

—¡Ni mio!—dijo el gascón.—Solo que es preciso saber adonde lo he de llevar, á quien se lo debo entregar... ¡Daría algunos años de mi vida por conocer el nombre del hombre que me cree bastante vil, bastante despreciable, para aceptar una vergüenza tal!... Pues bien, le conoceré y le arrojaré su dinero al rostro, señor Krug.

—¡Tenéis razón!—dijo el suizo.—Hacer uso de él seria envileceros á vuestros propios ojos. ¿Pero cómo os arreglaréis para devolverlo?

—¿Cómo?—exclamó el gascón, levantándose sobresaltado.—Buscaré... Aunque tuviera que registrar una por una todas las casas de París, y emplear en esto un año ó dos, sabría descubrir el sitio en donde ese ladrón la ha escondido.

Se animó, y sus ojos parecían despedir chispas.

Su enorme boca mostraba el esmalte blanco de dos filas de dientes, que rechinaban.

—¡Morir!...—dijo.—¡Ah, no, es una bestialidad matarse por una mujer que se marcha y me deja por un amante, por un rico que la seduce con su dinero!... ¡Hay un placer más grande que el amor, señor Krug: la venganza!... ¡Pues bien, me vengaré! ¿Cómo? No podría decirlo en este momento. No me ocurre idea alguna. Parece que tengo la cabeza vacía. Pero esto pasará y discurriré el medio, estoy seguro de ello, ó no sería más que un gascón degenerado.

Rechazó desdeñosamente el sobre en que el pintor había vuelto á colocar los billetes.

rre no merece la pena, ¿no es verdad? Una mujer que se aburre en una casa y que se va á otra. ¡Pues bien! eso me ha aturcido un instante... hasta el punto que no he podido saber lo que me dice. Tomad la carta Krug y leedmela toda, os lo ruego...

El pintor comenzó á leer y el Gascón escuchaba atentamente, mordiéndose los labios para evitar que se notara su angustia.

Cuando el pintor hubo concluido de leer la carta, Escoubère estaba anonadado, tan abatido como si cada una de las palabras que había oído leer hubiera sido un palo recibido.

Bebió otro vaso de agua y dijo:

—Creo que todo ha concluido. ¿Qué es lo que haríais vos si estuviérais en mi lugar?

—Estaría muy aflijido ciertamente.

—Sin duda. Pero es preciso vivir.

—Yo seguiría haciendo lo que hacéis. Ganaría mi vida... Iria á mi teatro. Cumpliría con mis deberes y trataría de consolarme con buenos amigos...

—Sí, sí... ¡Pero ese dinero!

Mostró con la mano los billetes de banco esparcidos por el suelo, arrugados, medio rotos, pero que no había perdido nada de su valor.

Los ojos del pobre pintor se iluminaron de avaricia.

Jamás había tenido ante sí una cantidad tal.

—¡Ahí hay una verdadera fortuna!—dijo.

—Sí—contestó Escoubère;—hay con qué adquirir lo que os hace falta, un estudio donde podriais trabajar, hacer buenas cosas.

—¡Sin duda! Pero ese dinero no es mio...

—¡Ni mio!—dijo el gascón.—Solo que es preciso saber adonde lo he de llevar, á quien se lo debo entregar... ¡Daría algunos años de mi vida por conocer el nombre del hombre que me cree bastante vil, bastante despreciable, para aceptar una vergüenza tal!... Pues bien, le conoceré y le arrojaré su dinero al rostro, señor Krug.

—¡Tenéis razón!—dijo el suizo.—Hacer uso de él sería envileceros á vuestros propios ojos. ¿Pero cómo os arreglaréis para devolverlo?

—¿Cómo?—exclamó el gascón, levantándose sobresaltado.—Buscaré... Aunque tuviera que registrar una por una todas las casas de París, y emplear en esto un año ó dos, sabría descubrir el sitio en donde ese ladrón la ha escondido.

Se animó, y sus ojos parecían despedir chispas.

Su enorme boca mostraba el esmalte blanco de dos filas de dientes, que rechinaban.

—¡Morir!...—dijo.—¡Ah, no, es una bestialidad matarse por una mujer que se marcha y me deja por un amante, por un rico que la seduce con su dinero!... ¡Hay un placer más grande que el amor, señor Krug: la venganza!... ¡Pues bien, me vengaré! ¿Cómo? No podría decirlo en este momento. No me ocurre idea alguna. Parece que tengo la cabeza vacía. Pero esto pasará y discurriré el medio, estoy seguro de ello, ó no sería más que un gascón degenerado.

Rechazó desdeñosamente el sobre en que el pintor había vuelto á colocar los billetes.

—Siempre se es bantante rico cuando no se tienen necesidades! ¡Se imagina que yo ambiciono el dinero! ¡Imbécil! ¡Si yo lo ambicionaba era por ella! ¡Ahora me sobraré!

El pintor, tranquilizado al verle hablar así, le estrechó la mano diciéndole:

—Enhorabuena. ¿De modo que eso ha concluido?

—No temáis nada. Si ha concluido. Id á descansar, amigo mio.

—¿No hagáis una locura, eh?

—Estad tranquilo. La crisis ha sido fuerte, pero ha pasado.

El suizo salió de casa de Escoubere, á quien repitió diez veces:

—¡Animo!

Y entró en su casa.

Escoubere, cuando se quedó solo, colocó los diez mil francos en una cartera vieja y la metió en el bolsillo.

—¡Si; te los devolveré, bandido!—repitió.

Después leyó y relejó la carta, que ya sabía casi de memoria; tan al alma le había llegado su contenido; erró durante dos horas por su estrecho alojamiento, escuchando, por decirlo así, el silencio de la calle, con un resto de esperanza de oír los pasos de la que había perdido y que volvía á él.

Nada turbó el reposo de la casa.

Con los ojos irritados, la mirada sombría, los dedos encogidos como si hubiese querido ahogar al desconocido enemigo se decía:

—¡Cómo me vengaré!

## V

## Juegos de la casualidad.

La joven que el señor Krug había llevado con él á la calle del Echaudé, era Teresa de Montarón.

Al día siguiente, á cosa de las tres, estaba instalada completamente en su cuarto, en una buhardilla de la casa Quillet, y allí se encontraba en posesión de un mobiliario completo, que el honrado suizo había ido á comprar con ella y que le costaba en total la módica suma de ochenta y seis francos cincuenta céntimos.

Comprendiendo, en este precio, la capa que debía protegerla contra el frío y el sombrero destinado á reemplazar al viejo que había traído de la Boca del Lobo.

Al decir un mobiliario completo, no exageramos nada.

La buhardilla que la digna señora Guignard había alquilado á la desgraciada joven en treinta francos por tres meses, pago adelantado, era bastante espaciosa.

Recibía la luz por una gran ventana y tenía un falso aspecto de estudio y un atractivo especial para un aficionado á la pintura.

Un almacenista de muebles, del barrio, había cambiado la cama y sus accesorios, las sillas, la mesa que servía de tocador y de escritorio, por un estudio del suizo, y el pintor no cobró á su protegida por todo más que sesenta francos.

Así poseía la joven una habitación, muebles y una independencia que debía durar tanto como el dinero que la había dado su gran amigo el cazador de topos.

¿Cómo se había verificado el conocimiento entre el protector Krug y la protegida, entre el maestro y su futura discípula?

Muy sencillamente.

En el momento en que el tren de Blois á París, iba á partir de Menars, el artista, con su caja de pinturas y un saquito de viaje en la mano, entró en el coche de tercera en que iba Teresa.

Al ruido que produjo su llegada, Teresa se había despertado de pronto.

En presencia de las facciones, tan graciosas, tan finas y tan artísticas de su compañera de viaje, el suizo se había enamorado de repente.

Pero no en el sentido en que al decir enamorado pudiera creerse.

El pintor, el dibujante, el escultor y el poeta, serán eternamente fanáticos de la forma.

Para un observador como Wilhem Krug, que poseía en el más alto grado el sentimiento del color y de la expresión, la desgarradora tristeza esparcida sobre el dulce rostro de aquella joven y la fatiga que la tenía como agobiada, hacían de él una encarnación del dolor y del desaliento.

Desde el primer momento se sintió el artista dominado por el deseo de conocer la historia de aquella desolación, de aquella falta de esperanza tan profunda que debía excitar la

curiosidad del ser más indiferente del mundo.

Aun no estaba el tren á un kilómetro de Menars, cuando el pintor sacó del saquito que llevaba un pan, una media botella de vino y un pedazo de empanada, que exhalaba un vivo perfume á ajo.

Se dirigió á su compañera de viaje, y mostrándola con la mano las provisiones la dijo con la mayor amabilidad:

—Hay para los dos. Si queréis acompañarme...

Teresa movió la cabeza y dijo:

—¡Gracias, caballero!

El pintor se sonrió con bondad.

—¿Es acaso por timidez por lo que rehusáis? ¡No andéis con cumplidos, acompañadme!

—Lo agradezco mucho; pero no tengo gana.

—¡Cuando se es joven siempre se tiene apetito! ¿Será tal vez por este pícaro olor á ajos?

¡No!... No lo creáis así; no me he criado con mimos.

El primer paso es el que cuesta.

Algunos minutos después Teresa había medio vaciado la botella del pintor, que por cierto contenía un vinillo bastante agradable.

Pero Teresa tenía una sed devoradora, sólo comparable á la de un árabe en el desierto.

Su extremo cansancio la producía casi fiebre.

A partir de aquel momento empezaron las confidencias por una y otra parte, hasta que desembarcaron en la estación de París.

Cuando llegaron á Orleans, ya conocía la joven la historia de su compañero de viaje.

Wilhem Krug había nacido cerca de Lucer



na; sus padres tenían una posición regular y querían hacerle sacerdote.

Wilhem no tenía vocación para ello, domi-  
nándole una sola pasión: la afición á la pintura. Siendo muy pequeño se extasiaba ya ante los cuadros de mérito, que abundaban en las iglesias de Lucerna.

Dibujaba lo que veía: árboles, nubes, praderas, bosque animales y personas.

Era una vocación perfectamente determinada.

Suplicaba á sus padres que le dejaran seguir su inclinación y dar curso á sus ambiciones.

Ellos no comprendían así el porvenir de su hijo.

Hubieran vendido hasta el último puñado de grano para ayudar á Wilhem á que se ordenara; pero no hubieran dado un pelo de sus vacas para procurarle los medios de llegar á ser un Ticiano ó un Leonardo de Vinci.

Convencido él de esto, tomó su determinación y se fugó del colegio en que estaba, cuando ya tenía casi terminados los estudios, y marchó á través de Italia en compañía de un amigo que disfrutaba de una renta pequeña y tenía los mismos gustos que él.

Durante algunos años vivieron como hermanos, comiendo arroz y macarrones con más frecuencia que filetes ó estofado, y bebiendo más agua que vino de Calabria ó de Chianti.

Permanecían seis meses en una ciudad, otros seis en otra y así vivían, hasta que al poco tiempo de estar en Roma una enfermedad se llevó á su amigo, y jadiós la renta!

Entonces Krug se encontró solo y sin un céntimo.

A fuerza de influencias, entró como guardia suizo al servicio del Papa.

El trabajo era poco, alguna que otra guardia, y luego completa libertad.

Krug, después de haber dejado la alabarda, cogía los pinceles, la caja de pinturas y la paleta y se iba á copiar de las obras maestras, tratando de penetrar el secreto de los pintores célebres. Pero Paris era para él la grande, la suprema atracción.

Cuando creyó saber ya bastante, abandonó, aunque con gran sentimiento á Roma, con su Vaticano sus jardines y sus hermosos monumentos.

Al pasar por Suiza hizo allí un alto, durante el cual volvió á encontrar á una amiga de la infancia, que al crecer se había convertido en una hermosa joven.

No era más rica que él.

Unieron sus dos pobrezas, pero si el presente parecía ingrato á la esposa, el marido hizo reflejar á sus ojos magníficas esperanzas.

No se habían realizado.

Hacia de esto una docena de años y el pobre matrimonio vejetaba más penosamente que nunca.

Su mujer había concluido por odiar el arte, que no les producía nada.

No contaban con nada seguro más que con lo poco que la mujer ganaba en el Odeon, en donde estaba empleada, siendo su misión la de abrir los palcos.

Krug, sin embargo, no se desanimaba.  
Tenía fe.

Esperaba estaba seguro de que llegarían mejores tiempos.

Y con ellos la gloria, ese espejismo de los artistas, y con la gloria la lluvia de oro que la sigue.

Cada uno tendría entonces su parte en esto. La gloria sería para él y el dinero para su mujer y su hija.

¿Qué le faltaba para conseguir esto?

Un estudio con luz, modelos y pinceles, esos útiles tan indispensables, que sin ellos nada puede hacer el artista por sublime que sea su genio.

Esto decía Krug á la joven viajera que le escuchaba conmovida.

Cuando el buen hombre hubo concluido dijo á su nueva amiga, con tono paternal:

—Ahora ya conocéis mi historia. ¿Y la vuestra?

Teresa sentía necesidad de desahogar su corazón.

El peso de sus penas y de sus temores por el porvenir la tenían ahogada.

Lo dijo todo con la misma sencillez que el suizo.

¿Por qué demostraba tanta confianza en aquel desconocido?

Era que ella le creía tan honrado como sincero, tan generoso como pobre, tan grande tal vez por el genio como pobre y agobiado por la mala suerte y abatido por los vientos contrarios.

Así era que la escuchaba con el mayor interés.

Y, en efecto, su desgarradora historia era para enternecer un corazón menos sensible que el del pintor.

El pobre hombre á quien tanto trabajo costaba ganarse la vida, comprendía mejor que nadie la imposibilidad que Teresa pudiese encontrar en que ocuparse para ganarse la suya.

La pobre joven contaba también con el arte; pero vagamente, sin atreverse á fundar esperanza alguna en un talento tan precario, el único que se conocía ella.

Enseñó sus dibujos al pintor, dibujos que llamaron la atención de éste.

Había, ciertamente, en ella una vocación y esta vocación estaba superiormente organizada.

Sólo que ¡cuántos años de estudio, qué de decepciones antes de llegar á un resultado práctico!

¿Y cómo vivir entre tanto?

Aunque quisiera aceptar un empleo cualquiera, no le obtendría, al menos hasta después de haber dado á luz.

¿Pero para qué desanimarla? ¿Para qué quitarla una esperanza que debía sostenerla en las primeras pruebas de una vida, cuya inexperiencia no había previsto las dificultades?

—¿De modo que—dijo el pintor—habéis dejado vuestra casa, habéis abandonado á vuestra familia sin objeto determinado?

—¡Para evitar reprensiones, para ocultar mi vergüenza!

—¿No conocéis á nadie en París?

—A nadie, porque aunque hay algunas personas á quienes conozco, no quiero recurrir á ellas.

—¿Tenéis recursos?

—Pocos. Unos cuatrocientos francos. ¡Digo, eso tenía cuando salí de mi casa, pero de ellos he pagado los gastos de viaje!

El pintor quedó pensativo. Calculaba que con cuatrocientos francos escasos se había de ver mal hasta salir del trance porque tenía que pasar.

—¿Sois económica?—la preguntó sonriendo.

—¡Oh, sí!

—¿Animosa?

—Tal vez... No lo sé... ¡He tenido hasta ahora tan pocas ocasiones de saberlo!

—Pues bien—dijo el pintor,—con ánimo, economía y trabajo, todo podrá arreglarse.

El pintor pensaba que en su casa había una buhardilla desalquilada y que podría albergarse en ella la pobre joven.

La presentaría á su mujer y á su hija, que eran muy buenas, y la acogerían cariñosamente.

Y como Teresa rehusase diciendo:

—¡No, yo no puedo!... ¡Yo quiero vivir sola!... ¡Tendría que avergonzarme mucho!...

El insistió:

—Puesto que no haría nada malo, ¿quién había de quejarse de ella? Y así estaría más retirada, lo cual era mejor, á causa del célebre proceso de Blois, cuyo recuerdo no estaba completamente borrado.

Teresa se dejó convencer por el acento paternal del pintor.

En el fondo, esto era lo que ella deseaba.

Lo desconocido en que iba á perderse la aterraba.

Cuando llegaron á la estación de París, Krug y su pupila salieron juntos de ella y tomaron el tranvía que conduce al boulevard Saint German.

A las seis llegaban á la calle de Echaudé y el suizo presentaba á la portera á su compañera de viaje.

La señora Guignard la miró de arriba abajo y se declaró satisfecha del exámen.

Llamó aparte á Krug y le dijo:

—¡Es una joven encantadora, y está tan triste!... ¿Qué es lo que tiene?

—¡Ella os lo contará!—contestó el pintor.

Ya sabemes el resto.